

llegar a la clasificación de las diferencias mínimas. Una palabra como *Sentavo* 'plátano enano' es clasificada de la siguiente manera: III. Aspectos gramaticales. (Formada no por composición ni por derivación, sino por) 3. Otros procedimientos denominativos: d) Cruce, a) Generalmente ambas formas componentes aportan forma y sentido; y explica así el origen: "Procede de (a)sentado + centavo. Esta última forma quizás aporta sentido de pequeñez, por ser signo monetario mínimo" (p. 114).

El método empleado muestra, una vez más, la indisoluble unión que existe entre lo semántico y lo morfológico en la formación de las palabras, y la necesidad continua que tiene el investigador de recurrir a los dos campos para comprender y explicar los procedimientos seguidos por el hablante.

Es éste un trabajo que además de revelar aspectos importantes del español colombiano, resulta también ser una contribución muy valiosa para el estudio de la lengua española.

ANTONIO ALCALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, *Historia de los Indios de la Nueva España*. Edición de Claudio Esteva, Madrid, Historia 16, 1985; 331 pp. (*Crónicas de América*, 16).

En la colección "Crónicas de América" que con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América está publicando Historia 16, ha aparecido una nueva edición de la *Historia de los indios de la Nueva España*, de fray Toribio de Benavente o Motolinía, misionero en Méjico del siglo xvi. Su editor, Claudio Esteva Fabregat, profesor de la Universidad de Barcelona, ofrece un estudio introductorio con interesantísimas precisiones sobre el carácter sociohistórico de la obra de fray Toribio.

Considera Esteva como crucial el cometido de los misioneros en la historia de la Conquista, pues, al convertir al indio al cristianismo, realizaban una labor añadida de enorme importancia: la integración de aquél en la estructura española. En efecto, los misioneros no sólo transmitían creencias, sino que transformaban la vida en múltiples aspectos: tecnológico, científico, social... Se producía lo que en términos sociológicos se

conoce como *aculturación*, es decir, la adopción por parte de una sociedad de elementos culturales de otra. De todo esto, Motolinía fue a la vez artífice y testigo de excepción, y así queda plasmado en su *Historia*.

Esteva contempla la *Historia* de fray Toribio como "un despliegue de información sobre los indígenas en dos tiempos: uno el prehispánico, otro el hispánico" (p. 13), teniendo siempre lo histórico un valor secundario en la mente de su autor, más interesado en la justificación de su presencia en América: la cristianización del indio. Entre estas dos etapas hay claramente una diferencia de perspectiva: "la primera es una fase que colocaba a Motolinía en la posición estricta del historiador. La segunda... le fue contemporánea... es autobiográfica y tiene el carácter de una etnografía" (p. 25).

La parte que Motolinía dedica a la etapa previa a la Conquista está integrada por todos aquellos capítulos que a lo largo de los tres tratados de su *Historia* están dirigidos a comunicar su visión del mundo prehispánico. Trata ampliamente la etnógenes de las naciones indígenas; aparecen numerosas descripciones del mundo religioso prehispánico, con continuos juicios de valor sobre los sacrificios humanos y la antropofagia. Otros puntos son la detallada y amorosa descripción de la naturaleza del mundo indígena y el estudio de la estructura social y del parentesco. Se trata de conocer bien al indio para poder evangelizarlo con eficacia. Precisamente es a la evangelización —y a la aculturación en consecuencia— a lo que está dedicado el resto de la *Historia*, que en palabras de Esteva "constituye un documento inestimable en lo que concierne al conocimiento de los procesos de aculturación" (p. 15).

Un punto muy interesante que trata el editor en su estudio introductorio es lo que él llama la *dialéctica* de esta aculturación: "no sólo se trataba de vencer, sino que también era necesario convencer" (p. 39). El instrumento previo, indispensable para la aculturación, era la lengua, sin la cual difícilmente podía producirse algún tipo de trasvase cultural. Para los misioneros era fundamental conocer las lenguas indígenas, pues con ellas tendrían la llave para penetrar en los esquemas mentales del indio y podrían predicarle en su propio idioma. Por estas razones, la Iglesia y el poder político favorecieron grandemente el aprendizaje de las lenguas indígenas por parte de los misioneros. Al mismo tiempo era necesario que el indio aprendiera el castellano. De este modo se producía el intercambio lingüís-

tico de doble sentido, necesario para la aculturación en los campos más diversos.

Según Esteva, la forma de convencer tenía dos manifestaciones: una, dirigida a las jerarquías sacerdotales y clases altas; otra, a las masas. En el primer caso, Esteva habla de "dialéctica de contrastaciones filosóficas" (p. 39); en el segundo, los misioneros acudían a la simple predicación del Evangelio ayudándose de los más variados recursos. Para Esteva, además, el proceso de aculturación no sólo tuvo una dialéctica desde los españoles hacia los indígenas, sino que pronto surgiría en otra dirección, puesto que "una vez implantado el cristianismo en una parte de la población nativa, se inició el enfrentamiento entre los mismos indígenas" (p. 39).

El editor, como antropólogo e historiador, realiza una valoración ajustada sobre la *Historia* de Motolinía como fuente etnográfica. En primer lugar, hace recaer nuestra atención sobre la técnica usada por el cronista, que es la etnográfica: utiliza para elaborar su obra fuentes orales y escritas y busca la constatación de unas en otras. Entre las primeras, sabemos que Motolinía se sirvió de informantes ancianos que conocían de primera mano las historias y las hazañas que contaban, o bien de indígenas que podían ofrecerle los relatos de los hechos remotos que conocían por tradición oral. Las fuentes escritas que constituyen el fondo historiográfico de la obra son los códices indígenas en que el cronista, con la ayuda del indígena experto —el "tlacuilo"—, interpretaba las pictografías allí plasmadas. Ambas informaciones podemos considerarlas étnicas, según señala Esteva, "porque constituyen la versión de la cultura nativa desde los mismos indígenas" (p. 19). Por todo ello, concluye Esteva que los misioneros cronistas fueron etnógrafos excelentes, "los primeros de la época moderna occidental" (p. 20), y resalta con respecto a Motolinía el hecho de que "los datos que se nos transmiten dentro de esta obra cumplen, por lo que hace a sus técnicas de obtención, con los requisitos que habitualmente los antropólogos exigen de los miembros de su comunidad científica, en este caso, residencia lo más prolongada posible entre los nativos sobre los que escribe y rigor clasificatorio" (p. 21).

La edición del texto aparece modernizada en la ortografía y signos de puntuación y ofrece notas de pie de página, especialmente en lo que se refiere a topónimos, dando la versión actual del nombre en cuestión. En ocasiones glosa voces americanas,

cuya equivalencia proporciona. En las pp. 47-48, ofrece el editor una lista de ediciones de las obras de Motolinía incluyendo, además de la *Historia*, los *Memoriales* y la *Carta al Emperador*. Se echa de menos una aclaración acerca de los manuscritos o ediciones que han servido de base al texto ahora publicado, y una declaración de los criterios para dividir en párrafos.

CARMEN-PALOMA ALBALÁ

Madrid.

ANTONIO RODRÍGUEZ, *El Quijote, mensaje oportuno*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984; 170 pp. (*Biblioteca Joven*).

Con el laudable objetivo de estimular a nuestra juventud para abordar la lectura del *Quijote* —la máxima obra literaria en nuestra lengua— el CREA y el FCE se han unido para incluir, en la colección *Biblioteca Joven* de este último, el libro que reseño. Por ello, mi comentario toma el único punto de vista que dicho objetivo representa, soslayando méritos que reconozco al libro del señor Rodríguez, pero que no contribuyen a esa primordial finalidad.

El autor recurre a múltiples fuentes que, en sí mismas, enriquecen su estudio pero que, tal como están empleadas, estorban el propósito de llegar, en forma directa y atractiva, a un público juvenil medio, el cual, como diversas encuestas han demostrado, necesita habilitarse o rehabilitarse para la buena lectura. Añádase el hecho de que algunas de esas fuentes están de sobra, ya que su citación sólo sirve al autor para negar su validez (pp. 23-33).

Por otra parte, el lector neófito podrá sentirse confundido ante afirmaciones que aparecen —solamente aparecen— como contradictorias. Por ejemplo, en las páginas 51 a 65, la obra cervantina es el libro de España, de Portugal, de “la Península [Ibérica...] en la imagen que de ellos ofrece Don Quijote” (p. 65); en tanto que las páginas 69 a 81 afirman su pertenencia a lo universal. Esto sería aceptable si no hubiera un gran desequilibrio entre la primera laboriosa dedicación a probar la peninsularidad del libro, y la segunda y simple afirmación de